

ALEXANDRE ROIG

La moneda imposible

LA CONVERTIBILIDAD
ARGENTINA DE 1991



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición, 2016

Roig, Alexandre

La moneda imposible : la convertibilidad argentina de 1991 /
Alexandre Roig. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Fondo de Cultura Económica, 2016.
308 p. ; 21 x 14 cm. - (Economía)

ISBN 978-987-719-097-7

1. Economía. 2. Convertibilidad. I. Título.
CDD 332

Armado de tapa: Hernán Morfese

Imagen de tapa: Fabricación de troquel para estampación
de moneda, Argyor (www.argyormemorial.com)

D.R. © 2016, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Carr. Picacho Ajusco 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-987-719-097-7

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier
medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada
o modificada, en español o en cualquier otro idioma,
sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*
Hecho el depósito que marca la ley 11723

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| <i>Agradecimientos</i> | 13 |
| <i>Introducción</i> | 15 |
| La moneda y lo imposible | 17 |
| La crítica de la modernidad como método | 19 |
| Apuntes sobre el método | 23 |
| Recorridos de lectura | 26 |
| | |
| I. <i>La creación de una moneda eterna</i> | 29 |
| Una cita para crear la moneda | 30 |
| La creación monetaria como proceso | 33 |
| La creación monetaria como conflicto | 43 |
| La eternidad imposible | 53 |
| Conclusión | 59 |
| | |
| II. <i>Los que saben: historia de una separación</i> | 61 |
| El problema del origen | 66 |
| El problema de la mirada sobre la economía | 73 |
| La institucionalización del saber económico | 78 |
| ¿La economía como ciencia médica? | 94 |
| Conclusión | 98 |
| | |
| III. <i>La subjetividad en la moneda</i> | 101 |
| La institucionalización por el saber | 105 |
| El origen estatal de las reglas de la <i>expertise</i> , o la diferenciación en el Estado | 122 |
| La política económica como examen de verdad y la interpretación histórica como prueba de verdad .. | 132 |
| Conclusión | 138 |

| | |
|--|-----|
| IV. <i>La privatización del interés general</i> | 141 |
| La privatización de la <i>expertise</i> pública | 145 |
| El nacimiento de la nueva cuestión económica y la intervención de los sectores privados | 155 |
| La financiarización de la economía y el problema de la representación de los intereses económicos . . | 163 |
| La relación con el futuro y los planes heterodoxos . . | 174 |
| Conclusión | 183 |
| V. <i>Sacrificio de lo político, soberanía de la moneda</i> | 191 |
| El doble sacrificio y la sacralización de la moneda . . | 196 |
| Los momentos soberanos de la moneda convertible. | 207 |
| Conclusión | 225 |
| VI. <i>La confianza trágica</i> | 229 |
| La moneda-verdad o el silencio de los autorizados . . | 234 |
| La moneda-dinero como autoridad | 244 |
| La tragedia de la estabilidad | 249 |
| Conclusión | 261 |
| <i>Conclusión</i> | 265 |
| La solución de lo imposible: una estabilidad de diez años | 265 |
| El peligro de la continuidad del economicismo | 269 |
| La economía general como subversión cognitiva . . . | 272 |
| <i>Anexo. Ley 23928 de Convertibilidad del Austral</i> | 275 |
| <i>Referencias bibliográficas</i> | 279 |
| <i>Índice de nombres</i> | 303 |

Para Manuela y la posibilidad de ser quien eres

Ante la especie humana se presenta una perspectiva doble: por una parte, la del placer violento, el horror y la muerte —exactamente la de la poesía— y, en sentido opuesto, la de la ciencia o el mundo real de la utilidad. Solo lo útil, lo real, poseen un carácter serio. Nunca tenemos derecho a preferir la seducción: la verdad tiene derechos sobre nosotros. Ella tiene incluso todos los derechos. Sin embargo, podemos, es más, debemos responder a cualquier cosa que, no siendo Dios, es más fuerte que todos los derechos: a este imposible al que solo accedemos al olvidar la verdad de todos estos derechos, y aceptar su desaparición.

GEORGES BATAILLE, *L'impossible*

AGRADECIMIENTOS

AGRADECER es solo reconocer deudas sabiendo que no las puedo saldar, y son muchas las personas que han contribuido a la materialización de este texto. Sin embargo, no puedo dejar de nombrar a Christian Comélieau por su apoyo permanente, su tolerancia y su exigencia, por haberme dirigido realmente. A Bruno Théret, por haberme ayudado a asumir mi postura y por hacerme entender que en la teoría hay una potencia liberadora. A Leandro López, por su paciente y rigurosa traducción. A Gabriela Esquivada, por mejorar la calidad de este texto. A Mario Greco, por su apoyo en la finalización de este libro.

Dejo a los brazos la expresión de mis afectos para mi familia, mis amigas y mis amigos.

INTRODUCCIÓN

Ni el sol ni la muerte se pueden mirar de frente.

FRANÇOIS DE LA ROCHEFOUCAULD, *Máximas*

QUIEN vivió la crisis argentina de diciembre de 2001 experimentó la desnudez de las relaciones sociales y vio correrse el velo que cubre la rutina. La realidad se le ofreció, por un instante, simple y cruda; su naturalidad se desvaneció bajo el peso del desorden. El epígrafe de La Rochefoucauld que abre estas páginas quedó en suspenso por un momento, desmentido por la lucidez de la multitud que puso fin a lo inaceptable.

Durante las primeras semanas de diciembre de 2001, grupos enteros —como otrora, durante la hiperinflación de 1989— saquearon supermercados para tomar aquellos productos que los precios y la falta de dinero habían dejado fuera de su alcance. Los desempleados, las clases medias, los pequeños ahorristas y los trabajadores de las fábricas cerradas o recuperadas protestaban cotidianamente en las calles. La sociedad se indisciplinó. Una reivindicación unificó esas quejas diferentes: “¡Que se vayan todos!”. El poder político quedó deslegitimado; el federalismo, en crisis. La moneda asfixiaba a la sociedad.

El 19 por la noche, cuando anunció el estado de sitio, el presidente de la República calificó de “delincuentes” a esos hombres y mujeres que protestaban, una población que en su mayoría apenas arañaba el umbral de la supervivencia. Su arrogancia avivó el fuego de una indignación acumulada: un ritmo de cacerolas invadió las calles de Buenos Aires, que se vistieron con el celeste y blanco de miles de banderas.

Horas más tarde, tras una represión sangrienta, el jefe de Estado huyó en helicóptero de la Casa de Gobierno. La Plaza de Mayo desbordaba de gente que reclamaba su dimisión. Su

partida simbolizó el fin de un período, lo que confirmaría más tarde la anulación de la moneda de la convertibilidad.

Más de una década después, la violencia de aquella crisis interpela todavía la inteligencia y el saber social. Su significado histórico y político marca aún los senderos contemporáneos de Argentina y América Latina. Sin ir más lejos, la relación con el dólar estadounidense se mantiene como eje de nuestra geopolítica y de nuestras mentes. En los países centrales, aquella crisis conserva una actualidad furiosa. Si acaso miran a Argentina, los países centrales la ven como un espejo demasiado sincero que conviene evitar. Sin embargo, las urgencias de entender aquel colapso no han agotado aún las posibilidades de explicarlo de un modo satisfactorio.

La crisis argentina solo se puede comprender si se la abarca en toda su extensión, en su totalidad. Una destrucción de tal envergadura no es obra exclusiva de un dirigente o de un grupo de personas. Sin duda encontrar a los nerones modernos permitiría que se apaciguaran los deseos de justicia, pero concentrarse en esos culpables parciales evitaría que nos formulásemos preguntas de verdad abarcadoras. Ni los tropiezos ni los errores ni las estrategias de los actores alcanzan para explicar tamaña violencia. Resultaría también aproximativo —por no decir erróneo— que se calificara aquella crisis simplemente como política, económica o cultural. ¿Cómo abarcarla, entonces, en su conjunto? ¿Cómo dar cuenta de este hecho que la experiencia declama total? ¿Cómo captar la complejidad de la realidad sin mutilarla en el proceso analítico? Marcel Mauss nos incitaba a “percibir lo esencial, el movimiento del todo, el aspecto vivo, el fugaz instante en el que la sociedad y los hombres toman conciencia sentimental de sí mismos y de su situación respecto de los demás” (Mauss, 1950: 102).

En épocas de cuestionamiento a las teorías generales, esta ambición puede parecer desmesurada. Sin embargo, la hallamos tan necesaria como realizable. Concretarla implica pasar por lo que la sociología ha llamado los “hechos sociales totales”, aquellos que ponen “en movimiento a [...] toda la socie-

dad" (Mauss, 1950: 102). Estas instituciones ostentan atributos a la vez políticos, económicos y simbólicos; remiten tanto al mundo de la religión como al del derecho. O al de la acumulación del capital: en particular, el caso de la moneda, productora de vínculos, fundamento de la relación mercantil y fiscal. Al abarcar todas las dimensiones de lo social nos permite, por lo tanto, entender la lógica societal en su conjunto; por eso, analizar la convertibilidad argentina nos abre la puerta para hacer un aporte a la comprensión de la crisis de 2001.

LA MONEDA Y LO IMPOSIBLE

La anticipación del desenlace dramático potencia la intriga que provoca el desmoronamiento de la convertibilidad. Como en una tragedia griega, parecen existir fuerzas impersonales que impiden el abandono del régimen monetario; inclusive en el momento más crítico, a fines de 2001, las voces dominantes tratan de defender la convertibilidad a cualquier precio, bajo el pretexto de peligros peores. Las amenazas se multiplican: el retorno a la hiperinflación, la dolarización de hecho, el aislamiento del mundo. Sin embargo, se podían ver ya las pruebas del fin inexorable. Los capitales extranjeros —y los nacionales— se fugaban; no alcanzaban ya el financiamiento internacional ni el doméstico. La deuda externa llegaba al valor récord de 180 mil millones de dólares. El sistema bancario se desangraba cada día, hasta que llegó a la suspensión del pago de las deudas privadas y la limitación de la disponibilidad de los depósitos. A esto se debe agregar que, desde el inicio de la recesión en 1998, se habían acumulado un 8,7% de caída del producto bruto interno (PBI), un desempleo del 18% en promedio y del 70% en algunas regiones —según las cifras oficiales— y una tasa de pobreza próxima al 50% de la población.

Una vez caído el Gobierno, se generalizó la idea de la *necesidad* de salir de la convertibilidad lo antes posible. Los análisis se concentraban en explicar por qué el sistema no había funcio-

nado:¹ el déficit fiscal, el déficit de la balanza comercial, la coyuntura internacional desfavorable, la incoherencia institucional, la tasa de cambio real demasiado elevada, un sistema bancario ineficaz, la corrupción, la ceguera de quienes habían tomado las decisiones, los comportamientos microeconómicos no racionales... varios argumentos pretendieron dar cuenta del fracaso, *in fine*, de la convertibilidad. A posteriori, aparece entonces una pregunta evidente: si el diagnóstico de la moneda era tan claro, ¿a qué se debió tanta pasividad cómplice? Frente a las masivas violencias sociales desencadenadas, se impone una pregunta simple: ¿cómo llegamos a esto?

La crisis era previsible: los regímenes de lo político y de lo económico se derrumbaban a la vista. Habría resultado razonable, aunque no se considerase más que la perspectiva de la maximización de la riqueza, salir de la convertibilidad; sin embargo, nada se hizo. ¿Por qué?

Hoy como entonces en las entrevistas y en las discusiones informales se repite una respuesta recurrente: *era imposible salir de la convertibilidad*. Esta afirmación intrigante evidencia un razonamiento circular: no era posible salir de la convertibilidad ya que era imposible salir de allí.

Y sin embargo, salimos.

Si tenemos en cuenta el modo en que se anuló la convertibilidad, podríamos sostener que su final no fue fruto de un acto voluntario premeditado, sino que la misma crisis lo impuso. Debemos, pues, reformular la respuesta: era imposible salir voluntariamente de la convertibilidad (es decir, tomar esa decisión específica). Sin embargo, desde un punto de vista lógico e histórico, este argumento tampoco se sostiene: siempre se puede decidir si se sale o no de un régimen monetario. La pregunta que queda formulada nos empuja a buscar las razones de esta continuidad más allá de los territorios del cálculo o de la decisión racional.

¹ Para una síntesis de los argumentos que intentaron explicar la crisis de la convertibilidad, véanse Sgard, 2004; Boyer, 1998; Boyer y Neffa, 2004.

Empezaremos por tomar en serio la afirmación sobre la *imposibilidad*. No habría que desecharla bajo el pretexto de que constituía una creencia errónea o una mala apreciación de los hechos. Al contrario: no nos importa indagar si había —o no— que entrar o salir de la convertibilidad, sino saber cómo se construyó socialmente esa idea de la *imposibilidad* y qué efectos produjo esa construcción sobre la moneda hacia el colapso final. Intuimos, por lo menos en esta instancia, que esta vinculación entre *imposibilidad* y *moneda* permite entender la dimensión de la crisis. Este desplazamiento nos abre un campo singular de investigación. Podríamos multiplicar los argumentos para demostrar que había que salir de la convertibilidad, y aun así no responder a la pregunta de por qué se la abandonó y por qué desató tanta violencia.

Como lo sugiere nuestro abordaje inicial, no buscaremos una respuesta en las decisiones individuales porque ninguna fuerza personal alcanza tanto poder. Si la convertibilidad condujo a una crisis generalizada de la sociedad, es precisamente en la sociedad donde debemos pesquisar esta explicación. Las crisis —sobre todo si eliminan o iluminan instituciones al mover o gestar estructuras— constituyen lugares privilegiados de observación. Por esa razón, entre otras, nos focalizaremos en la génesis de la convertibilidad para entender su fin. Desde un punto de vista metodológico, esta perspectiva requiere algunas precisiones.

LA CRÍTICA DE LA MODERNIDAD COMO MÉTODO

La búsqueda de una perspectiva que abarque las grandes lógicas de una sociedad puede tomar diferentes caminos. En un afán de reflexión y de sinceramiento, no disimularemos aquí los fundamentos de nuestro abordaje.

Este texto parte de la experiencia interior de la crisis, indisoluble del sentimiento de miedo colectivo a la muerte. Este temor no es político, económico ni simbólico: atraviesa lo so-

cial en su totalidad. Enfrentar la violencia y sus posibles consecuencias nos pone cara a cara con la fragilidad de la existencia. Al partir de esta experiencia para analizar la convertibilidad, volvemos a cuestionar la mirada fragmentada de las diferentes disciplinas: podemos, en efecto, realizar un análisis político, uno económico o uno simbólico de la convertibilidad, pero en cada uno de ellos perderíamos la comprensión del conjunto del fenómeno y, además, se desvanecería aquel sentimiento primero del que queremos dar cuenta.

En cierto modo, la convertibilidad nos fascina porque llevó las lógicas modernas hasta el paroxismo. Su ideología (Dumont, 1977) postuló al individuo como valor dominante y ubicó, como lo han conocido pocas sociedades, la relación utilitaria de los hombres con las cosas en la cima de la jerarquía de valores, hasta el punto de llegar a la destrucción de la riqueza.

Trataremos de demostrar que la convertibilidad como experiencia colectiva concreta permitió que la modernidad condujera a la sociedad entera hacia un *impasse* macabro. He ahí el segundo sentido de la moneda imposible: más allá de que se considerase imposible salir de ella, la moneda en sí encarna lo imposible desde el inicio, ya que no podía perdurar sin descomponer al conjunto —a la totalidad— de la sociedad. Sus pretensiones no lograron desviarla de su destino de origen: un final trágico. Más aún: vamos a defender la tesis de que el estallido de 2001 se entiende y se explica por su misma génesis en 1991.

En un tercer sentido, la moneda se tornó imposible porque la convertibilidad puso al descubierto, a pesar de ella, lo que consideramos el gran engaño de la modernidad: la quimera de fundar lo social sobre los valores que defiende. Por eso, la moneda debió apelar a la eternidad para garantizar su racionalidad instrumental; sacralizar sus reglas para acotar el papel del Estado y garantizar el miedo para fundar la confianza en el sistema.

Este trabajo pretende, antes que otra cosa, develar esta astucia.

La tarea nos parece tanto más importante cuanto a primera vista esta revelación parece tranquilizadora: la sociedad, a pesar de todas las pretensiones de la ideología moderna, con-

serva lógicas que escapan a sus ambiciones homogeneizantes, con las que, por lo tanto, conviene contar para asentar las políticas económicas.

Al mismo tiempo, surge aquí una inquietud, porque tampoco despertamos en una suerte de mundo encantado: las lógicas no modernas reprimidas se manifiestan con una fuerza destructiva incontrolable. No por eso reivindicaríamos una modernidad coherente: el propósito de este libro se sitúa en las antípodas. Lo inevitable no es la modernidad y sus valores dominantes, sino la presencia permanente y concreta —incluso en sus formas sublimadas o disimuladas— de la muerte como experiencia común y como verdadero posible. La moneda de la convertibilidad es imposible, lo imposible y la imposibilidad, porque lleva las lógicas modernas hasta sus extremos: morir por su rechazo a morir.

Desarrollar una crítica de la convertibilidad nos lleva por el sendero más amplio de una crítica de la modernidad, que para nosotros posee estatus de método a partir del momento en que consideramos que develar sus lógicas profundas constituye una premisa necesaria —una exigencia— de todo trabajo cognitivo sobre nuestros mundos contemporáneos. Para hacerlo nos inspiramos en Georges Bataille. Sin reivindicarnos como discípulos —contradeciríamos nuestros propósitos—, nos apoyamos en sus análisis porque esclarecen la presencia de lo reprimido en las sociedades modernas y la permanencia inevitable de lo sagrado. Las ciencias sociales recurren escasamente a este autor, al que, sin embargo, algunos filósofos que dialogaban con ellas consideraban como uno de los maestros que, sin duda, debía tenerse en cuenta: Martin Heidegger, Michel Foucault, Jacques Lacan; también Gilles Deleuze y Jacques Derrida.

La obra de Bataille nos parece particularmente fecunda para pensar el objeto que nos interesa. No queremos filosofar sobre la convertibilidad (aunque lamentamos el alejamiento de la filosofía y las ciencias sociales), sino apelar a sus análisis y categorías de análisis, que nos abren a una comprensión singular de las sociedades contemporáneas.

Cuando Bataille indaga en el erotismo, toma en serio una actividad que atraviesa nuestra vida cotidiana y que, no obstante, los estudios ignoran como práctica reveladora de las reglas profundas de lo social. Otro tanto hace cuando piensa lo sagrado: nuestras sociedades occidentales modernas ven en esas manifestaciones, en el mejor de los casos, un resto de arcaísmo, y en el peor, una anomalía o una patología social. ¿Pero si, como lo proponía el Colegio de Sociología Sagrada,² lo sagrado fuera consustancial a lo social y reapareciera bajo diferentes formas en nuestras sociedades modernizadas? La expresión de lo sagrado no debería quedar entonces a un lado, sino devenir el punto de entrada al análisis.

En este sentido hemos abordado la cuestión de la convertibilidad. Cuando en las entrevistas que realizamos y los textos que trabajamos se multiplicaban las referencias a la eternidad de la moneda o al milagro de la mano invisible, no tomábamos esas expresiones como un abuso del lenguaje, un juego de palabras, una costumbre o un error, sino como la revelación de la presencia disimulada de lo sagrado en la sociedad moderna. La paradoja de esos dichos aumentaba al confrontarlas con el discurso científico que justificaba la convertibilidad, cuyo lenguaje recurría a toda la racionalidad instrumental. Si alguna enseñanza podemos retener de la obra de Bataille, esta consiste en el saber para penetrar las profundidades de lo social a partir de esas paradojas.

Esta aproximación desplaza la lectura que la economía hace de la moneda e incorpora en su análisis lo que —según la visión dogmática— no incumbe a la disciplina, como las lógicas de la autorización, las relaciones de poder y los análisis discursivos. Estos elementos no ornamentarán la investigación, sino que se imbricarán, indisociables, en el fenómeno monetario que intentamos comprender. Abordaremos la moneda a partir de lo que se elimina del análisis ortodoxo, desde esa diferencia que al mismo tiempo la caracteriza. Propondremos un

² Véase Hollier, 1995.

discurso alternativo sobre la moneda, que nace de la alteridad: Bataille procuraba deseosamente lo que denominaba la “heterología” o “ciencia de lo que es totalmente otro”, y en nuestro caso se trata de conocer aquello ajeno a la moneda que, sin embargo, forma parte de ella.

Aunque la heterología carece de una definición acabada, propone un desarrollo consistente en incorporar al análisis de lo económico todo lo que esta disciplina rechaza y excluye. La heterología, radicalmente antidisciplinaria, puede en realidad iniciar el proceso de reunificación de las ciencias de lo social, al fundar su postura en la consideración seria de lo que el discurso moderno deja de lado o disimula. Si le reprochamos a la modernidad y a la ciencia que persigan antes que nada la homogeneización, cuando trabajamos desde lo heterogéneo presentamos un posible antídoto. Bataille toma ese camino para buscar la parte maldita en una economía general de las sociedades e incorpora lo negado: el miedo a la muerte, el sacrificio, nuestros deseos más profundos —aun los abyectos—. Por esas vías podemos explorar lo que la modernidad deja fuera; dar con otra mirada a partir de lo que ella niega. Una imagen lo sintetiza: la luna atravesada por una nube y ese ojo cortado por una navaja en *Un perro andaluz*, la película de Luis Buñuel y Salvador Dalí.

Esta invitación a no detenerse ante la evidencia, que de cierta manera constituye la posición artística del surrealismo, para Bataille configura un método de conocimiento al que “el realismo da la impresión de un error”. Encontramos la búsqueda de inteligibilidad, si la hubiera, en la presencia, aunque inabordable, de lo esencial: en la muerte y el sol, justamente lo que no podemos mirar de frente.

APUNTES SOBRE EL MÉTODO

Al inicio de esta investigación queríamos indagar en los discursos de los economistas —y en particular en su silencio antes del

colapso— sobre las consecuencias de la convertibilidad. Modificamos este abordaje fragmentario a medida que avanzábamos en las lecturas de las experiencias y de los datos producidos y consultados. En estas páginas, la convertibilidad nos permitirá comprender el silencio de los economistas pero no devendrá la finalidad de la investigación. Este cambio de perspectiva requiere de un breve paréntesis sobre mi recorrido personal, que creo mejor explicar en primera persona y que clarifica en gran parte el origen de los argumentos que siguen.

Si bien ya conocía el país y la región desde la adolescencia, el 10 de diciembre de 2001 llegué desde París con la meta de realizar una tesis de doctorado y quedarme a vivir en Argentina. Trabajaba en la Embajada de Francia como voluntario internacional. Parte de mi actividad consistía en organizar la estada de economistas franceses que llegaban para intercambiar miradas sobre la crisis y sus posibles soluciones. Por esa vía accedí a una multitud de reuniones, como traductor o como simple acompañante. Guardo un registro preciso de esas experiencias, buena cantidad de las cuales fundan este texto.

Continué esta tarea, más allá del puesto de voluntario internacional, hasta fines de 2005. En esos cuatro años participé de 112 reuniones en diferentes puntos del país con altos funcionarios internacionales, nacionales, provinciales y municipales; con banqueros, sindicalistas, empresarios y universitarios. Los encuentros giraban en torno a las mismas cuestiones: la crisis argentina, la convertibilidad y la salida de la crisis. Cada uno de ellos me resultaron ámbitos privilegiados de observación, pues allí se manifestaba la heterogeneidad de las causas de las crisis y comenzaba a delinearse el problema de la imposibilidad como punto de partida posible para reflexionar sobre la convertibilidad. Como consecuencia de este proceso, mi interés por estudiar principalmente a los economistas devino de forma paulatina secundario, a tal punto que, si bien ellos se hallan muy presentes en el trabajo, lo están solo en un orden subordinado a la comprensión de la forma monetaria de la convertibi-

lidad. Cuando llevé a cabo las entrevistas,³ la moneda ya se había convertido en el centro de mi interés y sobre ella indagaba a mis interlocutores.

A medida que las reuniones se sucedían, una tendencia dominaba los discursos de la convertibilidad: la importancia de la manera en que había sido concebida para comprender la década siguiente y la crisis de 2001. Tomé entonces la decisión de preguntar en estas entrevistas —que en numerosos casos no se podían repetir— sobre la constitución de la convertibilidad: pedía apenas que me contasen cómo se elaboró, focalizándome en la génesis de la moneda.

Esta decisión metodológica influyó mucho sobre el texto al intentar dar cuenta del proceso del que surgió esta forma monetaria y de las lógicas que presidieron su creación. Recuperé este término —que se repitió muchas veces en las narraciones— aunque sabía que podría provocar confusión, por la diferencia entre el sentido común y la idea de creación monetaria. Lo adopté a pesar de ello no solo por respeto a las categorías que habían empleado los entrevistados, sino también para dar cuenta de la necesidad de un desplazamiento de la mirada sobre la moneda. El concepto de “creación” no puede quedar en el dominio del discurso técnico si lo atraviesan significados artísticos o sagrados.

Quisiera, por último, volver sobre una situación: las entrevistas con los economistas que participaron en la elaboración de la convertibilidad, ya significativas de por sí.

Antes de comenzar mi trabajo —y todavía hoy, aunque de otra manera—, los consideraba responsables de la crisis de 2001

³ Realizamos un total de cuarenta entrevistas en profundidad, veinte de ellas a personalidades ligadas a la elaboración de la convertibilidad (no necesariamente economistas). En el texto se los nombra de modo explícito cuando es necesario. Accedieron a la publicación de sus declaraciones y con frecuencia su relato resulta esencial para entender algunos procesos históricos. Quince economistas entrevistados manifestaron su desacuerdo con el régimen monetario luego de la caída de la convertibilidad. Por último, cinco investigadores hablaron sobre la historia de la moneda y del pensamiento económico; a ellos no se los nombra por respeto a su confidencialidad.

y de sus muertos. La primera vez que pisé sus oficinas o sus domicilios sentí que asistía a encuentros con verdugos. La amabilidad con la cual, en general, me recibieron; la cordialidad, la disponibilidad y la predisposición a responder mis preguntas resultaron más humanas que mi desprecio. Cuando me entrevisté con el responsable del Fondo Monetario Internacional (FMI) en Argentina (en su oficina casi secreta, o por lo menos discreta, en el seno del Banco Central), la foto de su hijo sonriente en sus brazos me produjo el efecto de un objeto desplazado. A mi buena conciencia le hubiera resultado preferible que ellos fueran profunda y totalmente malos. Esta contradicción no les restaba responsabilidad por sus actos; sin embargo, me demostraba que la manera en que la convertibilidad había sido creada y pensada estaba al alcance de todos. La repetición de la experiencia de la violencia de la convertibilidad se reubicaba en el dominio de lo ordinario; podía reaparecer bajo otras formas, incluida en lógicas similares.

RECORRIDOS DE LECTURA

Si tuviéramos que sintetizar en una frase el contenido de este libro, diríamos: la convertibilidad gestó una moneda como eterna (capítulo I) por decisión de los que saben, agentes autorizados (capítulo II) en subjetivar la institución monetaria (capítulos III y IV), quienes constituyeron una moneda soberana (capítulo V) y produjeron una confianza trágica (capítulo VI) que llevó a Argentina a la peor crisis de su historia.

Estas páginas parten de la premisa de que la crisis solo se entiende desde la génesis de la convertibilidad en 1991; pero, además, pretenden dar cuenta de la historia que produjo esta creación, al enfatizar las luchas simbólicas que se dieron desde principios del siglo XX en torno a lo que debe o puede ser una moneda. Esto ocupará los cuatro primeros capítulos de este libro, mientras que los capítulos V y VI desarrollan cómo la convertibilidad produjo la crisis de 2001 al mostrar, justamente,

cómo se estableció este desplazamiento de una soberanía sobre la moneda a una moneda soberana y sus consecuencias en términos de régimen de confianza.

Se puede leer la convertibilidad como una curiosidad histórica (al menos, para quienes no vivieron la crisis de 2001), pero también se la puede pensar como una nueva forma, setenta años después de *La gran transformación*, de Karl Polanyi (1944), de entender la vitalidad y la peligrosidad de las instituciones autorreguladas, una aspiración todavía actual entre quienes sueñan con remplazar la política por la ciencia, y olvidan que gobernar no consiste solo en administrar reglas, sino en crear posibilidades en nuestro espacio entre los hombres.